

Los joyeros no tienen ningun arte ni ningun gusto en el engarse de sus piedras preciosas ó de sus perlas; pero poseen, en este género, inmensas colecciones. Toda la riqueza de los Orientales es mueble, á fin de poderla enterrar ó trasportar. Hay muchos plateros. Ponen muy pocos objetos á muestra, todo lo tienen encerrado en cajitas que abren cuando se les pide una joya.

Los silleros son los mas numerosos é ingeniosos obreros de estos bazares; nada en Europa iguala el gusto, la gracia y la riqueza de los arneses de lujo que trabajan para los caballos de los jeques árabes ó de los agás del pais. Las sillas están cubiertas de terciopelo y de seda recamada de oro y perlas: los pretales de taflete rojo que caen en franja sobre el pecho, están adornados igualmente con bellotas de plata y oro y borlas de perlas. Las bridas, infinitamente mas elegantes que las nuestras, son tambien todas de taflete de varios colores, y están decoradas con bellotas de seda y oro. Todos estos objetos se venden comparativamente con en Europa, á ínfimo precio: he comprado dos de estas bridas las mas magníficas, por ciento veinte piastras las dos (sobre doscientos reales).

Los vendedores de comestibles son los que presentaban en sus almacenes mas órden, elegancia, aseo y atractivo para la vista. La delantera de sus tiendas está ocupada por canastos llenos de ver-

duras, de frutas secas y de simientes leguminosas, cuyos nombres ignoro; pero que tienen formas y colores barnizados admirables, y que brillan como guijarrillos recién sacados del agua. Los panecillos y molletes de todas calidades y tamaños, están de muestra delante de la tienda; hay una innumerable variedad para las diferentes horas y las diferentes comidas del dia; todos están calientes como bollos, y tienen un sabor exquisito. En ninguna parte he visto tan gran perfeccion del pan como en Damasco; no cuesta casi nada. Algunas fondas ofrecen tambien de comer á los traficantes y á los transeuntes del bazar. No hay en ellas mesas ni cubiertos, ni mas manjares que unos tasajos de carnero, gordos como nueces y asados al horno, ensartados en unas agujas de lardear, que el comprador pone encima de los molletes dorados de que ya he hablado, y se los come de pié: las numerosas fuentes del bazar le ofrecen la única bebida de los árabes. Un hombre puede mantenerse perfectamente en Damasco por dos piastras ó sobre dos reales diarios: no gasta el pueblo la mitad de esta suma en su sustento. Se puede tener una bonita casa por dos ó trescientas piastras al año: con mil doscientos ó mil seiscientos reales de renta se puede pasar la vida muy holgadamente aquí, y lo mismo sucede en toda la Siria. Recorriendo el bazar, he llegado al distrito de los cajeros y cofreros, que es aquí la grande industria, porque todo el mueblage de una

familia árabe consiste en uno ó dos cofres donde se guardan las ropas y las alhajas. La mayor parte de estos cofres son de cedro y están pintados de colorado con adornos diseñados con clavos de oro: algunos están admirablemente labrados de relieve y cubiertos de arabescos elegantísimos. Tres he comprado y los he despachado por la caravana de Tarabourlous. El olor del palo de cedro embalsama por todas partes el bazar, y esta atmósfera, compuesta de mil perfumes diversos que se eshalan de las carpinterías, de las especerías y de las tiendas de los droguistas, de las cajas de ámbar ó de gomas perfumadas, de los cafés, de las pipas siempre humeantes en el bazar, me recuerda la impresión que esperimé la primera vez que pasé por Florencia, donde los maderages de ciprés llenan las calles de un olor muy parecido á este.

Sherif-Bey, gobernador de Siria por Mehemet-Alí ha salido hoy de Damasco. La noticia de la victoria de Konia, alcanzada por Ibrahim sobre el visir, ha llegado esta noche, y Sherif-Bey ha querido aprovechar, para ir á Alepo, la impresión de terror que ha sobrecogido á Damasco: deja el gobierno de la ciudad á un general egipcio, asistido por un consejo municipal, compuesto de los principales comerciantes de todas las diferentes naciones; un campamento de seis mil egipcios y de tres mil árabes se queda á las puertas de la ciudad. La

perspectiva que ofrece este campamento es sumamente pintoresca; á la sombra de los corpulentos árboles frutales, á la orilla del rio, se ven alzadas tiendas de todas formas y de todos colores; los caballos, en general admirables, están atados en largas filas á unas cuerdas tendidas de un extremo á otro del campamento. Los árabes no disciplinados están allí en toda la estraña diversidad de sus razas, de sus armaduras, de sus trages; unos semejantes á asambleas de reyes ó de patriarcas, otros á bandoleros del desierto. Las lumbradas de vivac espiden sus azules columnas de humo que el viento impele sobre el rio ó sobre los jardines de Damasco.

He asistido á la partida de Sherif-Bey; todos los principales agás de Damasco y los oficiales de los cuerpos que se quedan de guarnicion se habian reunido en el serrallo. Los espaciosos patios que rodean las ruinosas tapias del alcázar y del serrallo, estaban llenos de esclavos, que tenian asidos del freno los mas hermosos caballos de la ciudad, ricamente ataviados; Sherif-Bey estaba almorzando en las habitaciones interiores. No entré en ellas, y habiéndome quedado con algunos oficiales egipcios é italianos en el patio principal, veíamos desde allí la muchedumbre de fuera, á los agás que iban llegando por grupos, y á los esclavos negros que pasaban, llevando sobre sus cabezas inmensas bande-

jas de estaño, que contenian los diferentes *pilós* del almuerzo.

Allí habia algunos caballos de Sherif-Bey, que son los mas hermosos animales que he visto hasta ahora en Damasco; son turcomanes, de una raza infinitamente mas alta y robusta que los caballos árabes; parecen grandes caballos normandos, con los miembros mas delicados y musculosos, la cabeza mas ligera, y el ojo ancho, ardiente, fiero y dulce al mismo tiempo del caballo de Oriente. Todos son bayos oscuros y de larga crin, verdaderos caballos homéricos. A las doce se ha puesto en camino acompañado de una inmensa cabalgata hasta cosa de dos leguas de la ciudad.

En medio del bazar de Damasco, hallo el mas hermoso kan del Oriente, el kan de Hassad-Bajá: fórmale una inmensa cúpula cuya atrevida bóveda recuerda la de San Pedro de Roma, y sostenida, como esta, sobre pilares de granito. Detras de estos pilares hay almacenes y escaleras que conducen á los pisos superiores donde están los cuartos de los comerciantes: cada comerciante de alguna importancia alquila uno de estos cuartos y en él guarda sus mercancías preciosas y sus libros. Hay una guardia que vela dia y noche por la seguridad del kan, y al lado hay grandes cuadras para los caballos de los viajeros y de las caravanas; refréscanle hermosas fuentes con agua de pié: es aque-

llo una especie de Bolsa del comercio de Damasco. La puerta del kan de Hassad-Bajá que da sobre el bazar, es uno de los trozos de arquitectura moruna mas ricos de pormenores y de mas grandioso efecto que pueden verse en el mundo: en ella se halla la arquitectura árabe toda entera. Sin embargo este kan no cuenta arriba de cuarenta años de existencia: un pueblo cuyos arquitectos son capaces de dibujar y cuyos jornaleros pueden ejecutar un monumento como el kan de Hassad-Bajá, no ha muerto para las artes. Construyen en general estos kanes ricos bajás que se los dejan á su familia ó á la ciudad que quieren enriquecer: rentan muy buenas sumas.

Un poco mas lejos ví, desde una puerta que da sobre el bazar, el gran patio ó el atrio de la principal mezquita de Damasco, que fué en otro tiempo la iglesia consagrada á San Juan Damasceno. El monumento parece coetáneo del Santo Sepulcro de Jerusalem; masacote, grande, y de aquella arquitectura bizantina que imita el género griego degradándole y parece construida con ruinas. Las grandes puertas de la mezquita estaban cerradas con densas cortinas, y como hay peligro de muerte para el cristiano que osa profanar una mezquita entrando en ella, me quedé sin ver el interior: solo nos detuvimos un momento en el atrio, fingiendo que bebiamos en la fuente.

La misma fecha.

Hoy ha llegado la caravana de Bagdad, compuesta de tres mil camellos, y se ha acampado á las puertas de la ciudad. He comprado algunas cargas de café de Moka, que ya no se puede hallar mas aquí, y algunos chales de la India.

La caravana de la Meca se ha suspendido á causa de la guerra: el bajá de Damasco está encargado de conducirla. Los Wahabitas la han dispersado varias veces; pero ya Mehemet-Alí los ha rechazado hácia Medina. La última caravana, atacada por el cólera en la Meca, rendida de cansancio y sin agua, ha perecido casi toda entera: cuarenta mil peregrinos han quedado en el desierto: el polvo del desierto que conduce á la Meca es polvo de hombres. Se espera que este año podrá partir la caravana bajo los auspicios de Mehemet-Alí; pero ántes, de pocos años, los progresos de los Wahabitas imposibilitarán para siempre esta piadosa peregrinacion. Los Wahabitas son la primera gran reforma armada del mahometismo. Un filósofo de las cercanías de la Meca, llamado Abul-Wahiab, ha acometido la empresa de convertir el islamismo á su pureza de dogma primitiva; de estirpar, primero con la palabra, luego con la fuerza de los

árabes convertidos á su fé, las supersticiones populares con que la credulidad ó la impostura, alteran todas las religiones, y de hacer de la religion del Oriente un deismo práctico y racional. Poco había que hacer para esto, porque Mahoma no se dió por un Dios, sino por un hombre lleno del espíritu de Dios, y no predicó mas doctrina que la unidad de Dios y la caridad para con los hombres: el mismo Abul-Wahiab no se ha dado por profeta, sino por un hombre iluminado por la sola razon. La razon esta vez ha fanatizado á los árabes como lo han hecho otras veces la mentira y la supersticion: se se han armado en su nombre, han conquistado la Meca y Medina, han despojado al culto de veneracion tributado al profeta de toda la adoracion que se habia sustituido á él, y cien mil misioneros armados han amenazado cambiar la faz del Oriente. Mehemet-Alí ha opuesto una barrera momentanea á sus invasiones, pero el whahibismo subsiste y se propaga en las tres Arabias, y, á la primera ocasion, estos pueblos purificadores del islamismo, se estenderán hasta Jerusalem, hasta Damasco y hasta Egipto. Así es como las ideas humanas perecen por las mismas armas que las han propagado; nada es impenetrable á la progresiva luz de la razon, esta ravelacion gradual é incesante de la humanidad. Mahoma salió de los mismos desiertos que los Wahabitas para derribar los ídolos y establecer el culto, sin sacrificios, del Dios único é in-

material. Abul-Wahiab llega á su vez, y destruyendo las credulidades populares, convierte el mahometismo á la razon pura. Cada siglo levanta una punta del velo que esconde la gran imágen del Dios de los dioses, y le descubre detras de todos los símbolos que se desvanecen, solo, eterno, evidente en la naturaleza y pronunciando sus oráculos en la conciencia.

Damasco, 3 de Abril.

He pasado el dia recorriendo la ciudad y los bazares.—Recuerdos de San Pablo presentes á los cristianos de Damasco.—Ruinas de la casa de donde se escapó de noche en un cesto colgado.—Damasco fué una de las primeras tierras donde sembró la palabra que cambió la faz del mundo, y en donde aquella palabra fructificó rápidamente. El Oriente es la tierra de los cultos, de los prodigios, y aun de las supertisiones; la grande idea que trabaja en él las imaginaciones en todo tiempo es la idea religiosa. Todo este pueblo, costumbres y leyes, está fundado sobre religiones. Nunca ha sucedido lo mismo en Occidente. ¿Por qué?—Raza menos noble, hijos de bárbaros que se resienten todavía de su origen. Las cosas no están en su ór-

den en Occidente: la primera de las ideas humanas no viene en él sino despues de las otras.—Pais de oro y de hierro, de movimiento y de ruido. ¡El Oriente, pais de meditacion profunda, de intuicion y de adoracion! Pero el Occidente anda á pasos de gigante, y cuando la religion y la razon que la edad media separó en las tinieblas, se hayan confundido en la verdad, en la luz y en el amor, el espíritu religioso, el aliento divino, volverá á ser en Occidente el alma del mundo, y producirá sus prodigios de virtud, de civilizacion y de genio.

¡Así sea!

4 de Abril, Damasco.

Treinta mil cristianos hay en Damasco y cuarenta mil en Bagdad: los cristianos de Damasco son Armenios ó Griegos: algunos sacerdotes católicos sirven á los de su comunión. Los habitantes de Damasco toleran a los frailes católicos; están acostumbrados á su trage y los consideran como orientales. Muchas veces he visto estos dias a dos sacerdotes lazaristas franceses que tienen un pequeño convento escondido en el pobre arrabal de los Armenios: uno de ellos, el P. Poussous, viene por la noche á mi casa. Es un sugeto escelente, devoto, instruido y amable; me ha llevado a su

convento, donde instruye a los niños pobres árabes cristianos. La sola consideracion del bien que puede hacer le retiene en este desierto de hombres, donde siempre tiene que temer por su seguridad, y sin embargo está alegre, sereno y resignado con su suerte. De cuando en cuando recibe, por las caravanas de Siria, noticias y socorros de sus superiores de Francia, y algunos diarios católicos; me ha prestado varios, y nada me parece mas singular que leer esas chismografías piadosas ó políticas del barrio de San Sulpicio de Paris, á las orillas del desierto de Bagdad, detras del Líbano y del Antí-Líbano, cerca de Balbek, en el centro de un inmenso hormiguero de otros hombres ocupados en muy distintas ideas, y donde nunca ha resonado el ruido que metemos y los nombres de nuestros efimeros grandes personajes. ¡Vanidad de vanidades! Todo es vanidad, escepto servir á Dios y á los hombres por Dios! Nunca se penetra uno de esta verdad mas que cuando viaja, y ve cuan poca cosa es un movimiento que ataja un mar! El ruido que intercepta una montaña! La fama que una lengua estrangera no puede pronunciar siquiera! Nuestra inmortalidad no está seguramente en esta falsa y breve inmortalidad de nuestros nombres terrenos!

Hemos comido hoy con un anciano católico de Damasco, que tiene mas de noventa años y goza

de la plenitud de sus facultades físicas y morales: excelente y admirable viejo en cuyo semblante se ve estampada aquella serenidad de la benevolencia y de la virtud que da el sentimiento de una vida pura y piadosa cercana á su término! Nos colma de todo género de favores: anda corriendo por nosotros como un muchacho. El P. Poussous, su compeñero, dos comerciantes de Bagdad y un gran señor persa que va á la Meca, contemplaba la agradable reunion de la noche, en los divanes de M. Baudin, enmedio de los vapores del tabaco que anublaban y perfumaban la atmósfera. Con ayuda de M. Baudin y de M. Mazoyer, mi dragoman, conversábamos con bastante facilidad: la cordialidad y la mas perfecta sencillez reinaban en aquella tertulia de hombres de los cuatro ángulos del mundo. Las costumbres de la India, de la Persia, los acontecimientos recientes de Badgad, la rebelion del bajá contra la Puerta, eran los temas de nuestras conversaciones. El habitante de Bagdad habia tenido que huir al desierto de cuarenta dias, en sus dromedarios, con sus tesoros y dos jóvenes Francos, y aguardaba con impaciencia noticias de su hermano cuya muerte recelaba; pero mientras estaba hablando de él con nosotros, le entraron una carta de aquel hermano:—habia logrado salvarse é iba á llegar con la retaguardia de la caravana. Lloraba de alegría el buen hom-

bre; nosotros llorábamos tambien, á causa de él y á causa de los tristes recuerdos que se agolpaban á nuestra mente. Aquellas lágrimas, derramadas juntamente por ojos que nunca debian encontrarse en el hogar comun de un amigo, en medio de una ciudad donde todos no hacemos mas que pasar, aquellas lágrimas unian nuestros corazones, y queriamos como á amigos á aquellos hombres de quienes ni siquiera se nos han quedado los nombres en la memoria!

4 de abril de 1833.

Terrible tempestad durante la noche: el alto pabellon, con numerosas ventanas sin vidrios, donde dormiamos, temblaba como un buque batido por el huracan. En pocos momentos la lluvia deshizo el barro que cubre el terrado del pabellon, é inundó el piso: por fortuna nuestros colchones estaban puestos sobre unas tablas encima de unas cajas de Damasco, y las mantas nos han guarnecido de la lluvia. Estas borrascas son frecuentes en Damasco, y suelen derribar las casas cuyos cimientos no son de mármol. El clima es frio y húmedo durante los meses de invierno; copiosas nevadas caen de las montañas. Este invierno, la mitad de los bazares se ha hundido con el peso de las nieves, y

los caminos han estado interceptados por espacio de dos meses. Dicen que los calores del verano son insoportables; hasta ahora no lo echamos de ver. Casi todas las noches encendemos braseros, llamados *mangales* en el pais.

Compro un segundo potro árabe a un Beduino, a quien encuentro en la puerta de la ciudad. El animal, mas pequeño que el que compré al agá, es mas fuerte y de un pelo mas raro, flor de albérchigo; es de una raza cuyo nombre significa *rey del jarrete*. Me le cede su dueño por cuatro mil piastras. Le monto para probarle: es menos manso que los otros caballos árabes, pero parece infatigable. Haré que lleve á *Tedmor* (este es el nombre árabe de Palmira, que dí al caballo del agá) uno de mis sais a pié y yo montaré a *Scham* en el camino. *Scham* es el nombre árabe de Damasco.

Un gefe de tribu del camino de Palmira, á quien ha enviado a buscar M. Baudin, ha llegado aquí; se encarga de conducirme á Palmira y de volverme a traer, sano y salvo, á condicion de que iré solo y vestido de Beduino del desierto; dejará a su hijo en rehenes en Damasco hasta mi vuelta. Deliberamos: mucho deseaba yo ver las ruinas de *Tedmor*; sin embargo, como son menos admirables que las de *Balbek*, como necesitamos por la parte mas corta diez dias para ir y volver, y mi muger no puede acompañarme; ademas, como ya ha llegado